

AQUELLA MARÍA SOFÍA

Rosalba Campra*

A Eduardo Ramos-Izquierdo, por supuesto

La descubrí gracias a un cuento. El narrador, ni bien verla, se prendaba de ella, de su mirada color miel, de su silencio atento y reposado. Sucedian muchas cosas, en realidad siempre las mismas, malentendidos, citas, fugas inconclusas, titubeos, hasta desembocar en el amor. Al final ella moría, pero me di cuenta de que eso era nada más que un inútil exorcismo de la ficción, porque María Sofía tenía el indeseable don de la clarividencia.

Efectivamente, ella había confesado al narrador que podía percibir cosas del futuro, principalmente muertes, incendios y derrumbes. Ese tipo de visiones no eran las únicas, pero sí las que tenían mayor nitidez: eso le había dicho. Una vez, después de hacer el amor, lo que le dijo fue: «Esto también lo vi». Y desapareció, dejándole una carta en la que anunciaba su propia muerte.

Me lo contó María Sofía, la verdadera, que naturalmente no se llamaba así, era un subterfugio que había usado en el cuento para no hacerse reconocer. Pero yo la reconocí lo mismo, porque era tal como él la describía.

Sucedió en una fiesta, en París: me bastó verla para darme cuenta de quién era y, naturalmente, quedar prendado.

Por eso ahora no sé qué esperar. En este tiempo ella me ha dado suficientes muestras de quererme pero hoy, después de hacer el amor, despertó como quien emerge de un trance, me tomó de los hombros, exclamó: «Oh no, tú no», y se fue sin siquiera darse vuelta a mirarme antes de cerrar la puerta.

Así es que aquí estoy, esperando que suceda lo que ella habrá visto y no quiso, o no supo decirme. Siempre, claro, que esta María Sofía fuera aquella. Porque, un cuento, ¿qué garantía puede dar?

* Scrittrice argentina.